

VEKA DUNCAN  
LOS ARTISTAS VS. LA IA

JOSÉ WOLDENBERG  
DE MADRES E HIJAS

ROGELIO GARZA  
EL ZOPÍ

NÚM. 446 SÁBADO 13.04.24

# El Cultural

[ SUPLEMENTO DE **LA RAZÓN** • NUEVA ÉPOCA ]

## GRANDES BOLAS DE FUEGO

CARLOS VELÁZQUEZ

Fuente > Pixabay



LA LECTURA,  
EL ALEPH  
ROBERTO DIEGO ORTEGA

ELOGIO DE LA  
INCERTIDUMBRE  
ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

*"Todo juego significa algo. Si designamos al principio activo que compone la esencia del juego 'espíritu', habremos dicho demasiado, pero si le llamamos 'instinto', demasiado poco", escribió Johan Huizinga en su libro Homo ludens. En este relato inédito de Carlos Velázquez parecen cumplirse las palabras del filósofo holandés. Aquí, en "Grandes bolas de fuego", el autor coahuilense deja un momento los escenarios sórdidos a los que suele condenar a sus personajes para dar espacio a la fantasía de la niñez, donde los campos yermos de la pobreza no son un fardo ni una desgracia, son campos de fútbol.*



# GRANDES BOLAS DE FUEGO

CARLOS VELÁZQUEZ

@Charlyfornicio

Aquí cerquita, en un municipio vecino, nació uno de los mejores futbolistas que ha dado esta tierra, dijo el profe el primer día de clases.

Fue así como se nos entrometió a los de la palomilla la terquedad por la pelota.

La pobreza es una fábrica de ingenio. La desventaja en sí bobina para arreglárselas uno por su cuenta. Con palos de escoba improvisábamos espadas, con sábanas deslucidas capas de súper héroes y con tinas bocabajo tambores. Pero inventarse una pelota escapaba a nuestra ciencia.

El único fútbol que practicaba era en sueños. Dormido pegaba de patadas. Metía goles de rabona. Y era tan vívida la sensación de estar en la cancha que despertaba con las espinillas moretoneadas por la dura entrada de los rivales.

Hacernos de una pelota se volvió una prioridad para la palomilla. Por encima de destripar lagartijas a pedradas, de volar papalotes hechizos y de quedarse con el cambio de las tortillas. Pero ni mendigando entre todos ajustáramos nunca para un balón. Además, viajar a la ciudad para comprarlo se nos afiguraba más trabajoso que subir al cerro por la ladera a las cuatro de la tarde. Y fue justito por eso, por culpa del maldito so-lazo, que decidimos salir a jugar de noche. Cuando la luz ya no pudiera latigarnos.

Don Nabor, el de la tiendita, sólo vendía canicas, luchadores de plástico y camioncitos de redilas. Siempre que le preguntábamos por qué no vendía balones de fútbol respondía lo mismo. Quesque porque era un entretenimiento del demonio. Dañino para los muchachos del campo. Según su predicción nos dedicaríamos a destripar las ventanas del pueblo a balonazos. Y nada atrae peor suerte que los cristales rotos.

Faltaban meses para navidad. Pero daba igual que estuviera a tiro de piedra. A Santa Clos no le gustaba el fucho. Al menos no al que le tocaba repartir los regalos en el pueblo. No importa cuántas cartas pidiéndole pelotas le llovieran, sabíamos que de su saco sólo saldrían envoltorios con canicas y luchadores, los mismos que una semana antes colgaban del techo de la tiendita de don Nabor.

A Santa no le gusta que los niños jueguen al fútbol porque se estropean la ropa, decía mi ma.

En el pueblo abundaba la escasez y varias obsesiones. Escaseaba el agua, sobre todo. Y la mano de obra. La principal obsesión era el chisme. Y también la ropa. Había que cuidarse hartito al jugar a las canicas porque el que llegara a su casa con las rodillas del pantalón peladas lo curtían a cuerosos. Por eso no es de extrañar que la

ropa se convirtiera en la materia prima de nuestros deseos.

Un balón es ilusión pura. Y con la ilusión uno hace lo que se le antoja. Cuenta chiles. Conquista reinos. Soborna árbitros.

La idea cobró forma una noche que nos hastiamos de patear un coco. Si una pelota era remota en el pueblo, los chuts eran cosa de extraterrestres. Pegarle al coco con los huaraches era demasiado tormento. Cada patada un volado. Tenías que darle con maña para evitar el cruji de los dedos. Pero la pasión no sabe de inconformidades y cada tanto escuchabas un quejido aquí y otro allá y al día siguiente mengano con la pata bandola. Vendada como disfraz de día de muertos. Y venga a renguear. Y lo peor, se desacompletaba el equipo.

¿Y si hacemos una pelota de trapo?, aventuró el Chicho un día que se le encendió la bombilla.

La emoción nos abrasó a todos. Pero tampoco era que nos sobraran las garras. Nadie de la palomilla estrenábamos ropa ni el día de nuestros cumpleaños. Nuestro guardarropa entero era herencia de nuestros hermanos mayores. No pasaba de unos cuantos pares de calcetines rotos, unas pocas trusas agujereadas y dos o tres playeras percutidas. Así que fuimos casa por casa, puerta a puerta, socorriendo lo que fuera,

**El Cultural**  
[ SUPLEMENTO DE LA RAZÓN ]

**Roberto Diego Ortega †**  
Fundador

**Delia Juárez G.**  
Directora

**Mariana Ruiz Montell**  
Editora  
@marianamontell

## CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki  
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial • Adrian Castillo  
Coordinador de diseño • Carlos Mora  
Diseño • Andrea Lanuza

X: @ElCulturalRazon

Facebook: @ElCulturalLaRazon

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078.  
Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868.  
Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15



Fuente > Pixabay

sin mediar cláusulas. Ropa vieja, roída, encogida, apesosa, que nadie fuera a extrañar.

Tras rogar por cada prenda, juntamos un par de kilos y nos acercamos a hacerlos tiritas. Tiras largas, tiras cortas, gruesas, delgadas, que parecían espaguetis de colores. Una vez que tuvimos un buen bonche, el siguiente paso fue trenzarlas. Como si estuviéramos envolviendo otra pelota, una invisible, como las que patean los jugadores en los anuncios de refresco.

No es que nos quedara perfecta, pero cuando vimos que rodó al primer pase, supimos que estaba lista para forjar los más hermosos sueños. La grandeza no requiere de mucho. Cuatro piedras como porterías dan pa una cancha imaginaria. Así comenzó nuestro prócer, dijo el profe, pateándose estos llanos y llegó a la Selección Nacional.

Yo pido ser Pelé, dijo el Chicho antes de que comenzara el partido.

Ya sin el temor de salir lesionados, corrimos tras el balón como si nos dieran de pajuelazos, igualito que a los burros que jalar el carronato. Pero entonces nos cayó la noche y se acabó el esparcimiento. Maldita garra no se divisaba más allá de tus narices y no había forma de atinarle. En el despoblado la noche se cierra con ganas y resulta un acertijo saber pa dónde hay que jalar.

Los siguientes días fueron de una pensadera terrible. Había que seguir pateando balones de garra, pero con el sol jugar de día era perjudicial. A más de uno le había dado un golpe de calor. A cuarenta grados lo único que se antoja es sumirse en la modorra a la sombra de un arbolote, que por cierto aquí no abundan.

Hay manera, dijo el Chicho en uno de sus arrebatos, de atestiguar la pelota al oscurecer. Vamos a prenderle fuego.

A quién si no se le iba a ocurrir cómo librar el atoladero. De entre toda la palomilla Chicho era el único que se forjaría un futuro lejos de estos lares. Todos sabíamos lo que nos aguardaba el destino. Creceríamos y moriríamos en la casa en que nacimos. Algunos casados. Otros amargados por la soltería. Todos. Menos Chicho. Él se convertiría en una pistola de la mecatrónica. Y triunfaría en la empresa que eligiera.

Por las noches, haciéndome el dormido, escuchaba discutir a mis padres. La pobreza arreciaba. Papá quería irse de mojado. Estaba cansado de ser un triste jornalero. Mamá se oponía. No la seducía la promesa de que le enviaría sus buenos dólares. Algo dentro le anunciaba que si abandonaba el pueblo nunca lo volvería a ver. Si te largas, te llevas al escuincle, lo amenazaba. Yo quería mucho a mi ma, pero nomás de pensar en todos los balones que me aguardaban cruzando la frontera, me marcharía con pa sin rechistar.

Un sábado por la tarde nos rasamos los bolsillos y entre todos juntamos para un litro de petróleo. Don Rubio, el petrolero, nos preguntó qué haríamos con el combustible. Ninguno soltamos la sopa, sabíamos que nos les gustaría la idea. No consultamos a nadie. Al anochecer rociamos la pelota con cuidado. Para que la estela no nos alcanzara. Le aventamos un cerillo y la pelota se prendió como un quinqué que tarda en agarrar.

A un metro no mirabas nada ni queriendo, pero la pelota corría con un conocimiento que daba gusto. Aquella noche Chicho fue Pelé y yo Maradona. Y perforamos la red de aire. Un aire que olía a gasolinera. Que apesta como jieden los tragafuegos que se presentaban en el circo. Y nos chamuscamos los dedos. Pero a la tercera o cuarta patada hacía uno callo. Era menos doloroso que patear el coco. Y uno que otro pantalón, una que otra camisa, se contagiaba de la alegría del balón, pero apenas ocurría nos apagábamos unos a otros a manotazos o rodando por la tierra reseca. El jolgorio se escuchaba hasta el cielo.

Después de varias gambetas la pelota se consumió. Y volvimos a la oscuridad que para entonces se nos antojó una maldición. La oscuridad de risotadas también se vino encima. Y sólo había una cosa por hacer, juirse,

“LOS SIGUIENTES DÍAS FUERON DE UNA PENSADERA TERRIBLE. HABÍA QUE SEGUIR PATEANDO BALONES DE GARRA, PERO CON EL SOL JUGAR DE DÍA ERA PERJUDICIAL.”

escondarse, sambutirse cada uno en su casa a limosnear cualquier trapo sin dueño.

Fue hasta el día siguiente que reunimos el material suficiente para construimos otra pelota. Y la historia volvió a llenarse de gloria. Goles, cañonazos, pases de a taquito, vaya si le sacábamos partido al balón. Esa ropa vieja, desastrada, deslustrada, que se ponía triste a cada hora, a cada minuto, por la noche cobraba vida, refulgía. Y la tierra se cubría de tizne. Un oro negro que a nosotros nos hacía sentirnos ídolos. Héroes de dedos chamuscados.

Pasadas dos semanas la ropa comenzó a escasear. No había prenda que contrariara a la voracidad del fuego. Podríamos juntar kilos y kilos, una tonelada, pero no había cantidad que alcanzara. Nadie teníamos parentela en los municipios vecinos con quien hacer encargos. Suplicar por la ropa despreciada. La que no se atrevían a tirar por pudor. Que se apollillaba en cajones que nadie abría ya nunca. Esas reliquias que sabíamos que existían. Que en nuestras piernas se convertirían en materia de goles, golazos. Que arderían como nuestros sueños pueblerinos.

Las noticias de nuestros aquelarres llegaron hasta el pueblo. Sepa qué chismoso nos espió y fue de pitorra. Para mí que el sacristán. Con nuestro alboroto le espantábamos la diversión. Le gustaban aquellos parajes para ir a apretujar muchachas de la congregación. La bola de fuego le iluminó el rostro a más de una cuando venían de regreso del monte. Todos los vecinos convinieron que era peligroso esa clase de entretenimiento. Es como darle la mano al diablo, aseguraron. Nos prohibieron volver a patear una pelota encendida. Hay muchas otras maneras de hacer maldades, búsquense unas que no involucren fuego, sentenciaron. Y para asegurarse de que no desobedeciéramos, nos restringieron las garras. Nadie volvió a obsequiarnos ni un triste trapo de cocina reducido por el uso, ni una media corrida, ni un pañuelito de esos de juguete que caben bien a sus anchas en la bolsa del saco. Nos mataron el regocijo. En delante la única pelota que pudimos patear era la de la aburrición.

Entonces se murió don Tibo. Una mañana, doña Catarita, su mujer, se extrañó de que no se hubiera levantado a reclamar sus güevos divorciados con su café de la olla. La noche anterior habían cenado tacos dorados en la plaza principal. Dice la doñita que le advirtió a su marido que no abusara o se podía descomponer. A don Tibo la admonición le entró por un oído y le salió por el otro y se comió cuatro órdenes de carne y dos de requesón. Con hartos cueritos, un bonche de repollo y como un litro de salsa. Más dos cocacolas de vidrio. Se fue a dormir y ya no despertó. Pobre Catarita, el único hijo que tenían se les había pelado para la capital del Estado y cuando don Tibo se petateó se quedó solita. Bien triste y sin quehacer.

Don Tibo no era ninguna monedita de oro. El pueblo entero lo miraba con muina. Por ateo. Nadie podía entender por qué estaba casado con una

“MIENTRAS HACÍAMOS LAS TIRAS EL CHICHO,  
CONDENADO, SUFRIÓ UNA REVELACIÓN,  
DESLIZÓ QUE SI NO ESTARÍAMOS  
HACIENDO MAL. ERA LA ROPA DE UN MUERTO.  
Y QUIZÁ NOS PODRÍA CASTIGAR DIOS.”

beata. Le encantaba pelearse con los Testigos de Jehová. Hasta los élderes ya se le escondían. Llevaba enemistado con el párroco más de diez años y tenía prohibida la entrada a la iglesia. Lo acusaba de embaucador. De parásito. Y de pseudoiluminado. Catarita por el contrario nunca faltó a misa los domingos. Sabía que algún día necesitaría el favor de Dios. Pero el padre no se apiadó de ella y se negó a darle los santos óleos a su marido. Que se fuera al infierno con Marx el viejo panza de atole ése.

Catarita era famosa en el pueblo por sus buñuelos. Cada viernes le preparaba al padre una tanda. Como le gustaban, generosos de piloncillo, bien espolvoreados con azúcar mascabada y con hebras de cajeta. Después de la muerte de su marido, Catarita dejó de lado sus creaciones para desconsuelo del pueblo. Pero no dejó de asistir a misa con su ropa dominguera. Por mucho que trajera al padre atravesado, su compromiso era con Dios. Y aunque cada sermón el padre arremetía contra los egoístas y los herejes, Catarita salía menoscabada pero desoía las indirectas. Aunque luego venía a casa y se desahogaba con mi ma. Le dolía en el alma que el padre la conminara. Ya no llora, le decía mi ma, no le haga caso a ese comecuandohay.

Cada uno honramos la memoria de los muertos de distinta manera. Existen quienes quieren perpetuar todo como si el finado no fuera finado. Así como uno conserva las imágenes en fotografías. Y guardan con celo hasta el más mísero calcetín sin importar que tuvieran los talones pelados. Pero Catarita no. La doña no podía soportar el dolor de ver las pertenencias de don Tibo todo el rato. Así que regaló todo su guardarropa. Sólo conservó su sombrero y el reloj, que eran herencia de su hijo, si es que algún día volvía. Al Chicho y a mí nos dio un tambache. Pantalones de mezclilla talla 42, camisas vaqueras y trusas amarillentas con olor a güevos.

Aquella noche estábamos de fiesta. Teníamos materia prima para forjar varias pelotas y un litrote de petróleo. Mientras hacíamos las tiras el Chicho, condenado, sufrió una revelación, deslizó que si no estaríamos haciendo mal. Era la ropa de un muerto. Y quizá nos podría castigar Dios.

Esas cosas no existen, le dije, las supersticiones. No creo que a don Tibo le vaya a llegar el olor a quemado hasta el más allá.

Mejor no, insistió el Chicho. Pa qué tentar al mal augurio.

La palomilla entera lo secundó. Nadie quería jugar con las pertenencias de un recién fallecido.

Bola de rajones, les grité. Si ustedes le sacatean yo sí voy a divertirme,

dije y me puse a terminar de rajar las garras.

Armé la primera pelota y le prendí fuego. Corrí por el camino de tierra llevándome a toda la defensa, como si el mundo entero fuera una portería y disparé a quemarropa contra las fachadas de todas las casas. Mi tino era bárbaro. Dejé mi huella de tizne en la puerta de la farmacia. Que a esa hora estaba cerrada pero que en cuanto se estrelló la bola contra la malla se asomó doña Herme y me maldijo, pero no hice caso, seguí conduciendo el balón hasta que quedó reducido a cenizas. Hasta que no fue más que una manchita de nada que se deshizo entre el polvo.

Con la segunda pelota recorrí la plaza principal. Birlé al del puesto de elotes y a la señora de las nieves. Todo el pueblo me miró. Me gritaban muchacho del demonio, pero nada podía despegarme del balón. Era como si estuviera poseído. Como si me estuviera jugando el campeonato nacional. Le di varias vueltas a la plaza, hasta que se desmoronó la bola. Pero no me achiqué. Tenía garras pa aventar pa arriba. Y petróleo de a montón.

No voy a parar, me dije, hasta apurar toda la carga. No vaya a ser que mañana la panda de rajones se arriente y quiera salir a jugar. No les dejaré nadita.

Me poseyó la avaricia. En lugar de gastarme las garras de a poco, con toda la ropa que quedaba armé una tercera pelotona. Para que me durara un buen rato. Para poder patearla más allá del final del pueblo, allende el entronque que lleva a la ciudad.

Quedó más gorda que embarazada. Le vacié todo el petróleo que restaba. Para que ardiera más intensamente que cualquiera de las fogatas que habíamos prendido en el descampado.

Esa noche se celebraba una boda. Y el padre y el sacristán estaban ahí de columpios zampándose el asado y el tequila. Cuando pasé frente a la iglesia vi que habían dejado la puerta entreabierta. Par de güevones. No se habían

molestado siquiera en emparejarla. Habían salido corriendo a que les favorecieran el buche.

Me le quedé viendo a la pelota con la misma determinación que los jugadores en la televisión cuando van a tirar un penal. Me la acomodé mentalmente pero no me atreví a disparar. Sólo finté al portero.

A toquecitos paseé la pelota alrededor de la plaza. Cuando tuve otra vez la iglesia a unos metros me detuve a contemplar la puerta entreabierta que pedía a gritos un chanflazo. Imaginé la barrera y lo fácil que sería para mí colocarla justo donde dicen los comentaristas que las arañas hacen su nido. Siempre que escuchaba esto yo me imaginaba a un grupo de beatas tejiendo. Me tiré un autopase con dirección a la farmacia. Cambié de dirección e hice un regate. Quedé solo y sin marca de frente al marco.

De repente sentí un disgusto. Como si me rascaran las tripas por dentro. Me acordé de doña Catarita. De cómo se había abrazado a las piernas del padre implorándole misericordia. De cómo nadie se había parado en el panteón para despedir a don Tibo. Sólo los de la palomilla porque éramos unos metomentodo.

De un tremendo zurdazo pateé el balón, que fue a meterse directito al ángulo.

Todavía no terminaba de festejar el gol cuando comencé a ver las primeras llamas. Y el humo. Parecía que hubieran rociado con petróleo la iglesia entera. Aquello ardió en serio. A una velocidad que ni Dios estando de portero hubiera podido atajar.

Antes de que me atraparan me agarré a correr como reo recién fugado. Como si fuera una pelota de fuego yo mismo.

Me escondí en un cuartucho de adobe abandonado. Donde a veces nos reuníamos a fumar cigarros sin filtro. Nadie sabía que era nuestra fortaleza de la soledad, sólo los miembros de la palomilla. Media hora después apareció Chicho. Me arrojó a los pies unos centavos que habían juntado entre todos.

Tienes que pelarte, me dijo. Te están buscando.

¿Mi papá también?, pregunté aterrizado, era capaz de bañarme en petróleo y aventarme una colilla de cigarro él mismo. Ardería como ése de los Cuatro Fantásticos.

Todo el pueblo. Ésta no te la perdonan. Van a colgarte.

Pero fue un accidente.

No digas vergadas. Te vieron zalamero con la pelota echando lumbre en cada calle.

Gracias por no delatarme, le dije.

Se te fueron las cabras, me dijo con severidad. Ni don Tibo se atrevió a tanto.

Recogí las monedas y enfilé hacia la salida del pueblo.

Y ahora estoy aquí en el entronque, con el dedo levantado, a la espera de que me recoja un trailero. Pa que me dé un raite hasta la ciudad. Con suerte y me convierta en jugador profesional y me fiche un equipo de primera división. Con suerte y me convierta en una gloria nacional. ■

Fuente > iStock



*El escritor ucraniano Leonid S. Sukhorukov definió así al género literario más breve y conciso: "Un aforismo es una novela de una línea". Armando González Torres ha escrito libros de poesía y ensayo como Con un poco de sol en las espaldas, Del crepúsculo de los clérigos, La lectura y la sospecha y el más reciente: Libros alegres. Estas máximas, fragmentos de un libro en preparación, abrigan una verdad esencial.*

# ELOGIO DE LA INCERTIDUMBRE

## AFORISMOS

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

@Sobreperdonar

Los estados más propicios para desarrollar humanidad: en lo físico, la intemperie; en lo espiritual, la duda.

Las incertidumbres sobreviven, ningún delator es lo adecuadamente sagaz para detectarlas, ninguna policía es lo suficientemente hábil para seguir las, ningún ejército es lo bastante numeroso para rodearlas.

—Todo lo que quiero ser, lo empeño en esta consigna.

—Y yo, lo poco que soy, lo ofrendo a esta duda.

En la mayoría de las situaciones no podemos ver, sólo queda arrastrarse y tantear en la oscuridad.

Las eufóricas certezas del vino ayudan a disimular nuestra tambaleante condición de incertidumbre.

En una coqueta y minúscula hoja en blanco se pavoneaban lo incierto y lo indecible, como un colorido insecto en el linde de la flor.

Dijo: de la filosofía me gustan sus silencios cómplices, sus miradas de miope perplejidad y sus lapsos de tartamudez.

En la historia avanzamos sin saber cómo ni hacia dónde; en el arte retrocedemos en el tiempo y en el espacio y acariciamos una gran y oscura incertidumbre.

Ninguna falsa certeza supera esa voluptuosa sensación de no saber qué somos, ni a dónde vamos.

En el pleno de la noche, un pensamiento largamente parido que, al salir a la superficie, se palpa a sí mismo y siente duda y frío.

Una mente filosófica: la que tiene un sesgo profesional que la inclina a interpretar y dudar incluso de aquello que la llena de dicha.

Dijo: "un buen hombre duda de su humanidad varias veces al día".

Estamos llenos de palabras que aspiran a la verdad y a la posteridad, hay que sustituirlas por frases aleatorias e inciertas, destinadas a borrarse y a morir lentamente en los oídos de los otros.

Cuidado, aun la intuición más cargada de incertidumbre corre el peligro de petrificarse en una frase hecha o degenerar en una consigna.

Hay una paradoja luminosa cuando nos vemos completamente reducidos a la soledad y a la incertidumbre y, sin embargo, nos vislumbramos parte de un todo y esperamos una respuesta.

Dijo: "¿Por qué no te despojas de todas tus certezas para que puedas hablar a solas con tu entendimiento?".

Para evitar la propensión a las certezas, dentro de cada uno de nosotros deberían habitar y discutir permanentemente un viejo loco y un escudero gordo, glotón y cobarde.

Confesó el escritor: "Me encanta llevar con engaños a mi casa a esas palabras crédulas, ávidas de significado, hacerles respirar ese aire sórdido que yo respiro y contagiarles mi confusión, mi desamparo".

Ser como un niño, perdido y confundido en la vastedad de sus incertidumbres.

Hay que quitarle peso al mundo, gravedad al conocimiento, solemnidad al acto, lenguaje a la lengua.

La tragedia griega es un método que nos enseña a prepararnos, cada vez mejor, para enfrentar las mismas incertidumbres y tomar las mismas y fatales decisiones.

La incertidumbre tiene un sabor salobre y despiden un olor a tierra húmeda y a gusanos en flor.

Cuando no nos buscamos, viene a visitarnos, de improviso y con hambre, lo que somos.

Una palabra que, en su total inocencia, no afirme ni niegue nada, y sólo imite, estirándose, los misterios de la naturaleza. ▣

## AL MARGEN

POR **VEKA DUNCAN**

@VekaDuncan

## LOS ARTISTAS VS. LA IA



Fuente > Unsplash

**LOS SECTORES CREATIVOS** cada vez recurren con mayor frecuencia al uso de la Inteligencia Artificial para desarrollar imágenes. Proliferan en la publicidad, en portadas de libros y en

sitios web de medios —aunque nunca libres de polémica. Los debates en torno a sus usos en estas industrias se han centrado en la manera en la que abonan a la precarización de creadores, quienes ya batallan para que su trabajo sea valorado y remunerado dignamente, o a la amenaza que suponen como reemplazo del trabajo creativo. Pero hay un frente de esta lucha que no ha ganado mucho terreno en la opinión pública y en el que vale la pena profundizar: los derechos de autor.

Cualquiera de nosotros podríamos ingresar a algún sistema de generación de imágenes con IA —por ejemplo, DALL-E—, y escribir una frase como “perro estilo Van Gogh” o “naturaleza muerta estilo Caravaggio con hamburguesas” y nos arrojaría imágenes cuyos colores y formas emulan aquellas que reconocemos como propias de estos afamados pintores del pasado. Esto sucede porque esos modelos han sido entrenados, por así decirlo, con su obra para aprender a imitarla. Si bien esto tiene pocas implicaciones legales cuando se trata de los artistas de nuestro ejemplo, fallecidos en siglos pasados, el asunto se complica cuando se trata de artistas vivos.

Diversas empresas de IA ya han comenzado a enfrentar demandas de artistas que consideran que su propiedad intelectual ha sido vulnerada por esta práctica, ya que han usado material de su creación que cuenta con derechos de autor sin su consentimiento. Si a esto sumamos que dicho entrenamiento abre la posibilidad de que sea usado para copiarlo, entramos en terrenos legales muy pantanosos.

Han surgido respuestas interesantes a esta problemática. A fines del 2023, la Universidad de Chicago lanzó *Nightshade*, un *software* que permite a artistas “bloquear” su trabajo para que no pueda ser usado por IA. Se ha descrito como una forma de “envenenarlo”, de manera que si se utiliza para entrenarlos les generará confusión, arrojando imágenes caóticas. A la par, el mismo equipo universitario creó *Glaze*, otra herramienta que permite “esconder” el estilo individual de los creadores alterando píxeles de forma prácticamente imperceptible al ojo humano.

Aunado a las problemáticas en torno a los derechos de autor frente a las herramientas de IA, un nuevo dilema ha surgido también en relación a los artistas que las han aprovechado para crear su propia obra. Recientemente, una solicitud de registro de derechos de autor le fue rechazada al artista estadounidense Jason M. Allen por su uso de IA, a pesar de que él ha explicado que trabajó 600 versiones antes de llegar a la pieza final. Es decir, que hubo un trabajo creativo de un ser humano en ese proceso.

Siempre ha existido la inspiración en el arte, el guiño u homenaje a otro creador. También han sido muchos los artistas que se han acercado a las tecnologías de su tiempo —pensemos en Vermeer y la cámara oscura, o Siqueiros y su experimentación con pinturas industriales. Entonces, ¿dónde inicia y dónde termina la propiedad intelectual en las imágenes generadas por IA? Parece que aún no lo sabemos. ■

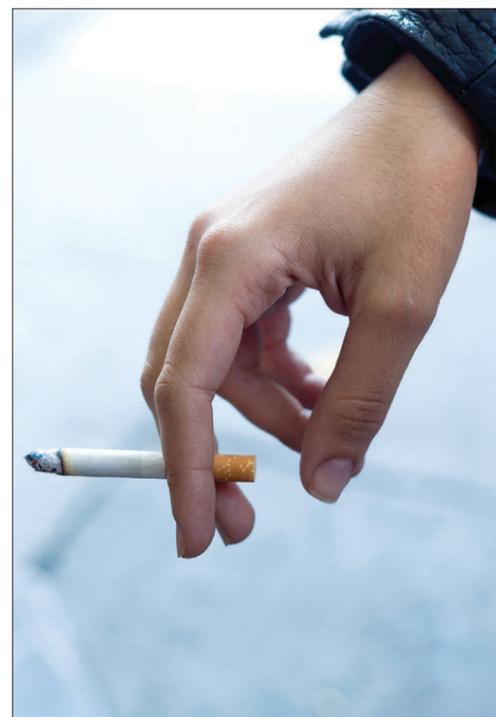
## MUSEO TOLSTOI

**ENTRE CUADROS**, documentos y objetos de su uso, se guardan más de quince mil recuerdos del novelista. Y el recuerdo de Tolstoi queda profundamente grabado en la memoria del visitante. Uno ve al novelista montado a caballo, en cama, trabajando, con la lezna en la mano, de viaje, jugando, solo, y en compañía de su familia. Se ve Tolstoi de pequeño, de joven, de soldado y de profeta. Y a las dos horas de estar en este Museo se conoce a Tolstoi mejor que a cualquiera de nuestros amigos. A mí, personalmente, hubo dos cosas que me causaron gran impresión. El primero de aquellos objetos era un sobre, grueso y ordinario, y una carta, también de basta apariencia. Aquella carta la escribió a Tolstoi una mujer a quien desagradaban los libros del escritor. Y aquella mujer decía al novelista que dejara de escribir, que no torturara más a la humanidad y que pusiera un pronto fin a su vida. El segundo objeto era un documento timbrado: un talón de ferrocarril, cuidadosamente relleno. En el talón se leía: “Destinatario: Familia Tolstoi. Clase de paquete: una caja. Contenido: Un cadáver”. Así eternizó la Rusia oficial el traslado de Tolstoi desde el pueblecillo de Astapovo a Jasnaja Poljana. En aquel papel se patentizaba la absoluta insignificancia de la inteligencia ante la mirada oficial, que siempre ha sido de una estupidez conmovedora. ■

Stefan Zweig, *Paises y paisajes*, trad. Tristán de la Rosa, Editorial Apolo, 1952.



Fuente > Freepik.es



Fuente > Freepik

## EL CIGARRILLO

### INSTRUMENTO DE TRABAJO

Primero tomemos la atmósfera a la vez brumosa y seca, desgreñada, donde el cigarrillo siempre está apoyado en diagonal desde que continuamente la crea.

Luego su persona: una antorchita mucho menos luminosa que perfumada, de donde se desprenden y caen según un ritmo por determinar un número calculable de pequeñas masas de cenizas.

Por último, su pasión: ese botón encendido, que se descama en películas plateadas, rodeado por una polaina contigua formada por las más recientes. ■

Francis Ponge, *De parte de las cosas. Proemios. Doce pequeños escritos*, prol. y trad. Silvio Mattoni, El cuenco de plata, 2017.

## HIJO

**PARA UN PADRE**, el calendario más veraz es su propio hijo. En él, más que en espejos o almanaques, tomamos conciencia de nuestro transcurrir y registramos los síntomas de nuestro deterioro. El diente que le sale es el que perdemos, el centímetro que aumenta es el que empequeñecemos, las luces que adquiere las que en nosotros se extinguen, lo que aprende, lo que olvidamos y el año que suma el que nos sustrae. Su desarrollo es la imagen simétrica e invertida de nuestro consumo, pues él se alimenta de nuestro tiempo y se construye con las amputaciones sucesivas de nuestro ser. ■

Julio Ramón Ribeyro, *Antología personal*, FCE, 2002.

## SOLTERÍA

**EL NEOLOGISMO** *incels* se refiere a los “célibes (masculinos) involuntarios”. Los más combativos se alinearon en los últimos años bajo esa bandera. Los *incels* se quejan de su miseria sexual, que explican por el rechazo continuo de las mujeres. Desde su emancipación —dicen— se han vuelto demasiado exigentes hasta el punto de no querernos como compañeros. Los *incels* se reúnen en foros donde comparten sus amarguras, beben cerveza, fundan pequeños grupos y a veces, especialmente en el continente americano, cometen asesinatos en masa que aparecen en los titulares.

Los *incels* están descontentos porque las mujeres no los quieren, recientemente se han dedicado a odiarlos. Los *incels* reivindican el derecho al sexo como si se les debiera.

La palabra que designa a su homólogo femenino, *femcel*, no parece tener en cuenta la dimensión impuesta del celibato: el prefijo involuntario *in* desaparece. Sin embargo, hay mujeres que sufren lo mismo por estar solteras durante años.

Las mujeres generalmente vuelven sus impulsos violentos contra sí mismas, cultivando un odio que comienza con la depreciación física.

Los *incels* consideran que esas mujeres podrían encontrar pareja si aceptaran “bajar los estándares”. A sus ojos, son unas niñas mimadas. Mimadas por el feminismo que les hizo creer que merecían algo mejor que ellos.

Las mujeres pierden la confianza en sí mismas al no agrandar a nadie. El vértigo de la soledad se convierte en autodesprecio. Culpan a los estándares de belleza. Quienes las rodean no suelen creer en esta explicación, creen más bien que son demasiado exigentes y les aconsejan que dejen de esperar al Príncipe Azul. Aún si está dicho de forma elegante, la frase equivale a sugerirles que cojan con el primero que pase. A combinar las frustraciones sexuales para deshacerse de ellas, cueste lo que cueste.

Fui célibe involuntaria del 2010 al 2020. No me había pasado antes. No sabía que se llamaba así. Además, todavía no se llamaba así. No estaba preparada para afrontarlo. Encontrarse “en el mercado” sexoafectivo es de una violencia arrolladora. El mercado no tiene sentimientos. Eres un cuerpo en exhibición. Tu única posibilidad es ser más astuta que el mercado para intentar desbloquear la caja de los “sentimientos”.

Durante los años en los que mi vida encajaba medianamente en la definición del síndrome, leer las notas periodísticas sobre el tema no me sirvió de nada. Poner nombre a los síntomas sociológicos no alivia, más bien estigmatiza. Simplificar. Abrir una cajita para meterme ahí. Privarme así de mi historia, de mi complejidad, de todo lo que en mí era único, raro, especial. El término me objetiviza. Me aplanar. Me desfigura. Nombrar el mal duplica mi indignación. Ni siquiera es mío, no es original, no es interesante como lo sería una neurosis o un trauma: histórico, geopolítico, económico. El diagnóstico es tan degradante que tengo que desafiarlo: Escribir un libro, tal vez, para desahogarme. ☐

Claire Legendre, *Ce désir me pointe* (Este deseo me señala), traducción de este fragmento F.P.G.J., editorial Leméac, 2024.

## INTENTO FALLIDO

**RAYMOND CHANDLER** sufrió un duro golpe al perder a su esposa Cissy a fines de 1954, y a principios del siguiente año intentó quitarse la vida. “El informe oficial constataba que estaba ebrio, incoherente e impasible ante las preguntas de la policía.” La versión de Chandler de este episodio difiere sólo en detalle: “Me sería totalmente imposible decirle si realmente quería llevarlo a cabo o si mi subconsciente protagonizaba una representación dramática barata. El primer disparo salió sin que me lo propusiera. Nunca había usado el arma y el gatillo era tan suave que apenas lo toqué para poner la mano en posición correcta, se disparó, y la bala rebotó en las baldosas de la ducha y agujereó el techo. Del mismo modo podría haber rebotado contra mi estómago. El disparo me pareció muy débil, y esta impresión fue corroborada por el hecho de que el segundo disparo (el que iba en serio) no hizo salir ninguna bala. Los cartuchos tenían unos cinco años, y supongo que en este clima la carga se había podrido. En aquel momento me desmayé. El oficial de policía que me encontró me dijo más tarde que estaba sentado en la bañera tratando de meterme el revólver en la boca y que cuando me pidió que le entregara el arma, yo me reí y se la alargué. No recuerdo absolutamente nada de todo esto. Ignoro si es o no un defecto emocional que no sienta la menor impresión de culpa o vergüenza cuando veo a gente de La Jolla, que está bien enterada de lo ocurrido. Lo dijeron por todas partes, algunas buenas y comprensivas, algunas recriminatorias y otras increíblemente necias”. ☐

Frank MacShane, *La vida de Raymond Chandler*, trad. Pilar Giralt, editorial Alrevés, 2017.



Fuente: Everett On Demand

## LA CANCIÓN #6

POR ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

## EL ZOPÍ



Fuente: Cortesía del autor

**A GERARDO PIMENTEL**, el *Zopi*, lo conocí rodando en bicicleta hace poco más de veinte años. Desde entonces quedamos encadenados por la música y las bicicletas, las dos verdades más importantes en la vida para ambos. Son pocas las personas que afinan sus bicis como si fueran instrumentos

musicales antes de salir a tocar un rol. De los que conozco, *Zopi* era el campeón: músico desde la cuna, ciclista desde la infancia, locutor y productor de radio, maestro y tallerista musical, activista de la movilidad y, sobre todo, un extraordinario ser humano que peleó hasta el final contra la leucemia.

Era el hijo del músico tabasqueño Gustavo Pimentel, pianista conocido como el *Zopilote*, director de la orquesta del programa *Siempre en Domingo* que alcanzó la fama con *El Magazo y otros grandes éxitos*, tremendamente popular gracias al cómico Beto el Boticario. Así que *Zopi* tocaba desde niño por pura diversión con sus primos y después estudió contrabajo en la Escuela Nacional de Música. A finales de los ochenta viajaba mucho al sureste y en una de esas travesías por Chiapas conoció a un rastafari que lo inició en la religión y lo introdujo a la música jamaicana. Ese encuentro marcó su vida y ese rastafari, el *Chino*, se convirtió en el baterista de Los Rastrillos, el grupo de reggae fusión que *Zopi* creó en 1989. Eran los precursores del movimiento Rasteca y terminaron siendo el grupo más influyente del país con seis discos: *Revolución Latinoamericana*, *4 Vientos*, *Códigos del Alma*, *Se Acabó el Reve* y *Lucas*, además del *En Vivo Canadá 2007*. En 1996, *Zopi* llevó su música y filosofía al radio e inició la transmisión de *Reggaevolución*, al aire, todos los sábados de 12:00 a 2:00 de la tarde por Reactor 105.7, durante 28 años.

La otra verdad que nos unía era el movimiento perpetuo de las bicicletas. Era un ciclista consumado. Aprendió a pedalear a los cinco años en la enorme rodada 28 de su abuelo y siempre se movió en bici. Tenía doce años cuando los Reyes Magos le trajeron una bicicleta de ruta Shimano. Esa bici lo acompañaría toda su vida. Se iba a la primaria, a la secundaria, a la preparatoria, a la universidad y al trabajo en bici. Y tuvo varias: infantiles, BMX, ruta, montaña y plegables. Se clavó en el ciclismo de ruta como nos clavamos en este deporte: pedal y fibra, máximo dolor y sufrimiento. Hasta que le robaron la Giant. Entonces tuvo que rescatar la vieja Shimano, la reconstruyó y la disfrazó de Bianchi Celeste, así nació la bicicleta más famosa de México, la Biciclana del *Zopi*. Y con ella, en 2011, nació el programa de radio *Biciclán*, todos los miércoles de 11:00 a.m. a 12:00 del día por Reactor, la voz del ciclismo urbano, deportivo y recreativo. Era el único programa dedicado a las bicicletas, a la cultura ciclista y a la música que *Zopi* programaba. “En la bicicleta debes mantener un ritmo estable para tener un pedaleo eficiente y disfrutable. Además, creo que cuando vamos en bici trazamos un dibujo muy similar al dibujo melódico de una canción”.

Un grande del pedal y la música. ☐

*Gracias a la generosidad de Rocío del Vecchyo, compañera de vida de nuestro entrañable director fundador, Roberto Diego Ortega, presentamos este texto inédito. Un breve ensayo personal, una evocación de Borges, sobre lo esencial que se puede volver la lectura: "un territorio de libertad sin límites que se enriquece en la medida de la curiosidad y del placer individual". Lo acompañamos con unas breves líneas del poeta Cobo Borda sobre el mismo tema.*

# LA LECTURA, EL ALEPH

ROBERTO DIEGO ORTEGA

En el principio fue el verbo, la palabra: su presencia y vigencia en la mente o en voz alta. A su vez, la enunciación hizo propicio el diálogo y el ritmo. Luego llegaron esos signos silenciosos que habitarían la página para dar forma a la escritura.

Desde los libros, en el principio fue Homero, fue la Biblia (George Steiner completa la tercia fundadora de la literatura occidental con Shakespeare; en nuestra perspectiva, el *Quijote* resultaría también fundacional). Por la extensión y la profundidad de sus raíces, la escritura y la lectura —dualidad indisoluble— establecieron a los libros como el testimonio de todos los saberes, todas las invenciones. Con el antecedente milenar de los amanuenses y después con la revolución de Gutenberg, el curso de las tradiciones literarias y su invitación a la lectura propició, consolidó la certeza de un mundo que a veces era un reflejo, a veces un descubrimiento; un panorama al margen, pero además la plenitud que diversificaba, negaba, desafiaba las convenciones o rutinas del orden cotidiano y el sentido común; la lectura resultaba superior, más estimulante, sin duda, por su generosidad, hondura, intensidad, capacidad de análisis; por la amplitud de sus registros, irradiaciones y significaciones. La certeza de un mundo tal vez más verdadero, la veta de la imaginación sobre todas las cosas, la recreación y el goce de su viaje en suspenso —la imagen de la flecha en el aire— y los hallazgos no menos imprevisibles de la relectura; revelaciones que despertaban los prodigios latentes en las páginas; la historia, la creación y la memoria.

Tal es el legado y privilegio del lector. La biblioteca universal, aun con sus visos de cofradía, o al menos de sociedad al margen, minoritaria, es el caleidoscopio en donde los autores y lectores coinciden, comparten el abanico inagotable de puntos de vista, matices, convergencias, divergencias. Todo cabe en la dimensión de la lectura —desde lo más pedestre hasta lo más excelso— y por lo mismo su naturaleza tiende a ser selectiva: también es una educación del gusto



Fuente > NPR

que distingue o construye sus afinidades a través de la búsqueda y los vasos comunicantes. Hay demasiados libros —ya lo dijo Zaid— y resulta ilusorio —por no decir fatuo— afirmar, con Mallarmé, que alguien ha leído "todos los libros". No hace falta. En literatura, el paraíso de un lector es un puñado si no una lista de autores y libros que nos llevan de uno a otro —sin descontar las incidencias del azar— y conforman una especie de identidad o destino que no es inmóvil y por definición jamás admite restricciones: un territorio de libertad sin límites que se enriquece en la medida de la curiosidad y del placer individual.

#### PRIMEROS PASOS

La adolescencia y juventud más o menos solitaria de los años setenta en la Ciudad de México no padecía la esclavitud del entretenimiento a la usanza de este principio de milenio, los videojuegos y los iPods —entre otros instrumentos—, y en esa relativa soledad la promesa de la lectura incitaba la travesía rumbo a la indagación más atractiva o misteriosa: libros como ventanas múltiples al mundo,

“LA BIBLIOTECA UNIVERSAL, AUN CON SUS VISOS DE COFRADÍA, O AL MENOS DE SOCIEDAD AL MARGEN, MINORITARIA, ES EL CALEIDOSCOPIO EN DONDE LOS AUTORES Y LECTORES COINCIDEN.”

la aparición de lo insospechado, las transfiguraciones del lenguaje. En el periodo singular de la segunda mitad del siglo xx, Ciudad de México, el viaje comenzaba con las lecturas de Salgari o Julio Verne, quienes solían abrir la puerta en ese entonces; luego vino la certidumbre de que los libros no sólo están allá, en mundos al parecer exóticos, ajenos y lejanos, sino en lugares más tangibles y reconocibles.

A causa de los años, aquel viaje de iniciación derivó hacia las novedades —recicladas en parte— del *boom* y sus alrededores; recuerdo, para mencionar algunos casos, el descubrimiento de Juan Rulfo, García Márquez y Vargas Llosa, luego Julio Cortázar (la Maga, Oliveira y *Rayuela* como parteaguas decisivo de aquella y otras generaciones), Lezama Lima en prosa y verso —sin fronteras— y por si fuera poco, Borges. Para un joven alrededor de los veinte años, la lectura en silencio —así como en voz alta y compartida— de la poesía de López Velarde, Gorostiza, Villaurrutia, Pellicer, Paz, Sabines, José Carlos Becerra y José Emilio Pacheco, por ejemplo, sería una especie de talismán.

#### LA DEMOLICIÓN DEL DOGMA

El paisaje se hizo expansivo en el espacio y en el tiempo. Los clásicos modernos y los clásicos eternos: su idioma, sus lenguajes. Bajo el influjo finisecular de Roland Barthes se perfiló un deseo —la lectura— saciado como un itinerario errático, por lo tanto azaroso, irregular en los tiempos, las tendencias y los géneros —la poesía, la narrativa, el ensayo—, capaz de alternar desde el buró siglos y aun milenios de un volumen a otro con el goce puro de su devenir, sus desafíos, la iconoclastia, rebeldía, sabiduría; el filo crítico de su discurso y el placer desatado de su imaginación; un hábito de la lectura —de regreso a Barthes— como el dominio inalienable del aficionado, el *amateur* que pasea por y con los libros a su antojo, sin mayores obligaciones ni responsabilidades que las de su preferencia, jamás un profesional, mucho menos un académico. En vez de la voluntad de sistematizar *información*, la dicha

Fuente: Freepik



inicua –parfraseando a Renato– no tanto de perder sino de disfrutar el tiempo.

Una parábola del universo y todas sus facetas, en la figura del *Aleph*: “el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos”. En el relato célebre de Borges, la simultaneidad que es privativa del *Aleph* se distingue del orden sucesivo del lenguaje, justo porque el raudal de sus imágenes sucede a un mismo tiempo; discontinuo, heterogéneo, se expresa en un espacio abierto al infinito. Y esa visión alucinante conjuga a su manera con la idea de tantos libros en reposo, cuyas letras aguardan la nueva lectura, esa oportunidad para movilizar su acervo, esa resurrección imprevisible. La permanencia de los libros ocurre como un *Aleph* suspendido que espera a su lector o su testigo. Sigue vigente la certeza, recuperada mediante la enumeración y la yuxtaposición, de relaciones y encuentros asombrosos; lo citaré en extenso –ya que es imposible decirlo con mayor exactitud– como la herencia primordial y el territorio mágico de un lector que podría reconocer en esta narración el espejo de su propia experiencia y aventura. En el *Aleph*, escribe Borges:

Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía

“TODA LA ETERNIDAD QUE PERTENECE A LOS LECTORES –TAL ES SU RECOMPENSA. ESE INTERVALO, ESA PAUSA DE LA LECTURA, NO EXCLUYE LA RECIPROCIDAD NI LA RESPUESTA.”

reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Mirzapur una baraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las hormigas que hay en la tierra, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo, vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el *Aleph*, desde todos los puntos, vi en el *Aleph* la tierra, y en la tierra otra vez el *Aleph* y en el *Aleph* la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.

Toda la eternidad que pertenece a los lectores –tal es su recompensa. Ese intervalo, esa pausa de la lectura, no excluye la reciprocidad ni la respuesta –notas al calce, en cualquier sitio de una página, conversaciones y consideraciones– y tampoco suprime la colaboración, el diálogo con la palabra escrita que niega la aparente pasividad de la lectura y la transforma en un ejercicio activo, reflexivo, crítico.

Se trata, en efecto, de un espacio de intimidad privilegiada: el lugar donde todo es posible. A diferencia de las pasiones mundanas –tan a menudo desdichadas–, la lectura se desenvuelve como un juego, la apuesta de un sentido lúdico y muchas veces el cumplimiento, el sabor agrídulce de una pasión dichosa, nunca invariable: de nuevo con Steiner, “la relación entre el verdadero lector y el libro es creativa” y –como sabemos– “hasta ahora, sólo los libros han escapado a la muerte”.

El inventario más completo del mundo y la condición humana. La música de las palabras, la celebración de la poesía, la demolición del dogma. El rapto, el horror, el desierto, los esplendores. La página que espera su lectura. ■

## POR QUÉ LEER LITERATURA

**LA FUERZA DE LA LITERATURA** para poner en cuestión ídolos y prejuicios, valores y entelequias sancionados por el uso y abuso termina por depaarnos una paradójica lección. La que Borges, en un texto de 1952, resumió certeramente así al hablar de las “Magias parciales del Quijote” [En *Otras inquisiciones*, Sur.]: “¿Por qué nos inquieta que Don Quijote sea lector del *Quijote* y Hamlet espectador de *Hamlet*? Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios”.

**¿POR QUÉ LEER LITERATURA?** Una primera respuesta sería: porque somos Nadie. Porque con la literatura reconocemos nuestra condición transi-

toria y efímera y a la vez podemos asumir una identidad distinta. Mario Vargas Llosa, con tenacidad de catecúmeno, nos ha repetido una y otra vez que la realidad deprimente de todos los días requiere el escape imaginario, la utópica realidad alternativa que nos aisle en la literatura y que desde allí reedifique la ciudad de lo posible y que es más real que cuanto nos rodea. Y como lo dijo un autor que él ama y ha leído con fervor, escribiendo sobre él mismo, Georges Bataille: “Un poco más, un poco menos, todo hombre está atado a los relatos, a las novelas, que le revelan la verdad múltiple de la vida. Sólo esos relatos, leídos a veces con zozobra, lo sitúan ante el destino”. ■

Juan Gustavo Cobo Borda, *El olvidado arte de leer*, Taurus, 2008.

En esta reseña, José Woldenberg nos invita a leer *Soñar como sueñan los árboles* de Brenda Lozano, thriller de ficción que muestra la realidad mexicana del plagio de menores. Las mujeres son las protagonistas en estas dos historias entrelazadas y arrojadas a la tragedia de un secuestro; en medio del drama aparecen atmósferas de tensión entre madre e hija, atravesadas por el miedo y la incertidumbre, el pasado, lo irreversible y el sueño de ser madre.

# DE MADRES E HIJAS

JOSÉ WOLDENBERG

Una pareja es sacudida por el secuestro de su hija menor. Es la más pequeña de cinco hijos y la única mujer. Tiene apenas dos años. Estamos en 1946 en la Ciudad de México. En el ambiente hay una ola de rumores sobre la reiterada desaparición de menores. El Servicio Secreto es la institución encargada de combatir ese infame crimen. Otra pareja desea con fruición tener un hijo. No lo logra. Ella, dicen los médicos, es estéril. Deciden adoptar y se enredan en un complicado laberinto, hasta que finalmente lo logran. “La madre se había visto obligada a dar a su hija en adopción debido a que tenía una enfermedad terminal, era madre soltera”.

Son los dos trazos mayores —aquí hiper simplificados— que dan pie a un *thriller* que mantiene una tensión dramática a lo largo de 132 páginas. En *Soñar como sueñan los árboles* (Alfaguara, 2024) Brenda Lozano utiliza un pincel fino para trazar los rasgos de carácter de los personajes, sus historias, las convergencias y tensiones entre ellos y sobre todo la situación agobiante de quienes han visto desaparecer a su hija. Hace además una reconstrucción de época con los límites y posibilidades que se abren o cierran a las mujeres y Lozano, sin duda, aprecia y subraya la vocación de independencia, tesón y coraje de varias de ellas.

LA RECONSTRUCCIÓN de las difíciles y también solidarias relaciones familiares son fundamentales para apreciar las fricciones y apoyos que las modelan; las aspiraciones logradas y frustradas, los recuerdos y los olvidos necesarios, son el aura que rodea sus ires y venires. Pero, sobre todo, gravita sobre ellas un nerviosismo creciente desatado por el incierto destino de la menor secuestrada. Acompañan a la familia gestos de solidaridad y llamadas fraudulentas que pretenden estafar a los padres, la visibilidad pública que adquiere el caso y la maledicencia de los que murmuran que ello se debe a que son una familia privilegiada, la búsqueda incansable recurriendo a cuanto recurso tienen a la mano y lo

tortuoso de las pesquisas policiales. La tensión aumenta con el paso de los días, pero los esfuerzos por recuperar a la niña no cesan.

Ofrecen recompensas, buscan en la prensa aliados y los encuentran por una especie de mutua conveniencia; insisten ante la policía y “aceitan” su trabajo, porque todos pueden salir ganando si se aclara el caso y la niña es recuperada. No hay expediente que no exploten. La angustia y la desesperación son potentes combustibles para que el esfuerzo no se interrumpa.

Los padres de la niña adoptada no sólo son cariñosos sino sobreprotectores. Ella trabaja como secretaria de un doctor en el Hospital General y él en la oficina de un cine del Centro. Casi levitan de júbilo al lograr la adopción y agradecen su buena suerte. Miman a la niña, la atienden, cuidan, juegan. Sus problemas de pareja se diluyen o minimizan frente a la responsabilidad de ser padres. Es una nueva etapa —venturosa— por ambos deseada. El intenso deseo, la obsesión, se había realizado.

LAS DOS HISTORIAS entrelazadas en el relato se suceden e intercalan. La primera produce un ahogo cada vez más pronunciado, mientras la segunda genera una felicidad en aumento que jamás se esconde, aunque la nube imaginaria de un posible rapto de la niña mantiene alerta sobre todo a la madre. La primera pareja es taladrada por la culpa y el desasosiego, se vuelven irascible, descuida a sus otros hijos. La incertidumbre, las fantasías sobre lo que pudo o puede estar pasándole a la pequeña trastocan su estabilidad. Y esa historia, y otras similares, destacadas en los medios, impactan el estado anímico de la segunda pareja. La ola de secuestros transforma incluso a la ciudad. “Hasta hace unos meses había niños y niñas jugando en las calles... [ahora] era una ciudad sin apenas menores”. El secuestro de la niña disloca y ensombrece la vida de sus padres y abuela; pero su sombra, sus repercusiones, el miedo, invaden otros hogares. La ansiedad se transmite en ondas irre-

“EL DRAMA, VISTO DESDE OTRAS PERSPECTIVAS Y CON LA REPRODUCCIÓN DEL HABLA COTIDIANA, NO DEJA DE CONTENER DESTELLOS CHUSCOS. Y POR SUPUESTO NO DEJA DE SER UN DRAMA.”

gulares y penetra por los poros de la sociedad. (Lo cual, sin exageración, remite a nuestros días.)

EL DESENLACE de la trama será contado a cuatro voces. La narradora, que hasta ese momento escribe en tercera persona, decide pasar a la primera persona del singular para dar la palabra a cuatro personajes. Es un vuelco drástico. El drama, visto desde otras perspectivas y con la reproducción del habla cotidiana, no deja de contener destellos chuscos. Y por supuesto no deja de ser un drama.

Resulta difícil escribir del desenlace sin vender la trama. En especial cuando se trata de un *thriller*. Las piezas del rompecabezas finalmente pueden armarse. Los hilos sueltos se anudan, pero creo que eso se puede decir de toda buena novela criminal o de suspenso. La fórmula que utiliza la autora es original, cambia las perspectivas y reduce la tensión dramática.

En el último capítulo, Brenda Lozano recupera la voz de la narradora para pintar una coda que bien podría titularse castigo y redención. La autora, omnicomprendiva, sin hacer juicios de valor, tratando de entender la conducta de los personajes, e incluso suavizando las faltas de los culpables, pinta un fresco de la cárcel en la que se encuentran mujeres solidarias, creativas, capaces de aplicar algunas dosis de productividad y felicidad a su encierro.

Al final, al leer los agradecimientos, lo narrado adquiere otra densidad, otra consistencia. Para mí inesperada. No la develaré por supuesto. Pero el lector no puede dejar de asomarse a ellos. Se sorprenderá. Y quizá vuelva a leer la historia. ■



A tinada en su nombre, *Autofagia*, la novela más reciente de Alaíde Ventura Medina (Xalapa, 1985), expone las tendencias naturales a la auto-destrucción de la condición humana, sobre todo cuando el amor se convierte en una adicción. A propósito de su nuevo libro, platiqué con ella en la librería *El Entusiasmo*. Ahí la también antropóloga y editora compartió detalles de su tercera novela, la que nos lleva a conocer el doloroso interior de un cuerpo hambriento

**La autofagia es un proceso en el que las células se “comen a sí mismas”, ¿crees que los seres humanos tenemos una tendencia natural a hacer cosas que nos destruyen para “sobrevivir”?**

Creo que nos comemos en muchos niveles. Primero, nos comemos nuestros propios recuerdos mediante mecanismos como es el de reprimir el trauma, algo que no depende de nosotras, y hay otra parte que sí, la que yo decido no contarte. También sucede en una pareja, y luego en esa pareja ante el mundo, que en este caso puede ser la cotidiana. En el libro nunca se hace explícito el tipo de relación afectiva que tienen las protagonistas, se habla de que son un equipo o un monstruo de ocho brazos, pero yo nunca utilizo la palabra “novia” o como dicen ahora “vínculo”, eso también es mostrarte ante el mundo y luego también está el asunto del género: las mujeres frente al mundo, todo es una serie de autofagias. Eso es lo que hacemos con el mundo entero, tal como las bacterias, nosotros somos las bacterias del entorno y hacemos lo mismo.

**¿Qué es el amor para ti? ¿Por qué aquí vemos un amor autodestructivo para ambas partes?**

El amor es como el azúcar. Un estallido de alegría al que te aferras. En mi novela está descontrolado, a mí me gustaría pensar que en mi vida no está tan descontrolado, pero lo puede estar —y se ríe—. Como cualquier sustancia, el azúcar, el café, el alcohol, así es el amor, que en términos químicos produce alegría y euforia y puede convertirse en una adicción, al grado que haces cualquier cosa para lograr esa sensación placentera. Creo que se puede alcanzar una regulación, como la gente que dice, “yo me tomo una cucharada de azúcar en mi café, es parte de mi rutina”, pero si eres diabética, resistente a la insulina, entonces eso es un problema y creo que el amor es así, una descarga de felicidad momentánea que puede prolongarse en el tiempo, pero que muchas veces utilizamos mecanismos cuestionables para conseguir prolongarla.

**Al igual que en tu novela *Entre los rotos* vemos en *Autofagia* una obsesión por los recuerdos, ¿es confiable la memoria?**

No es confiable, por eso es tan bonita la ficción, porque es la mentira tal cual. Es decir, te voy a contar algo, créelo o no lo creas. A diferencia, el testimonio, el ensayo, la crónica, la autoficción, son géneros con los que jugamos porque consideramos que son moldeables, pero en realidad son rígidos porque parten de la premisa de que te estoy contando la verdad y esa premisa es muy pesada. En este caso no te estoy diciendo la verdad, más bien doy elementos para que elabores la verdad que creas que te satisface. Me interesa mucho la memoria, creo que es una de mis obsesiones junto con la edición de la memoria.

**Pero si no es fiable, ¿entonces qué?**

El Zen te diría que sólo tenemos el aquí y el ahora. Es lo único fiable, y ni eso, porque como dice Wisława Szymborska, “cuando digo la palabra futuro, ya pertenece al pasado”, pero tal vez eso no sea todo. Por ejemplo, en *Entre los rotos*, el problema de la memoria es que a causa de un suceso traumático la memoria ya no es fiable y en *Autofagia* el cuerpo trabaja subalimentado. Eso tampoco es creíble.



Fuente: Facebook

**En *Entre los rotos* la memoria es detonada por fotografías. En *Autofagia por la comida y su ausencia*. ¿Qué relación tienen los recuerdos con la comida?**

La comida es más bien un estímulo sensorial. Lo que quise hacer con *Autofagia* es que a lo que llaman detonadores semánticos estuvieran en una especie de triangulación eterna, como algo redondo que está eternamente en un lugar. De modo que algunas veces los recuerdos están dentro de los recuerdos y el detonador ni siquiera es significativo; a veces son cosas como el aroma o el sonido de una palabra y es que ser así pueden ser los recuerdos, simples sonidos que no pasan por la neocorteza, sino ser sólo se vuelven corporales. El cuerpo tiene mucha memoria.

**Hablando del cuerpo, la protagonista está obsesionada con controlarlo, ¿eso puede hacerse?**

No sé si se pueda controlar el cuerpo, tal vez se pueda domesticar, lograr que trabajen juntos tu voluntad y tu máquina, pero eso es una trampa porque tan sólo pensar en controlar el cuerpo es darle un poder a la mente que en realidad no es tal. La mente está en función del cuerpo, no es la mente la que la controla, van juntos o nada. Un trastorno de conducta alimentario es una patología, pero también es una forma de controlar algo, como el recuerdo.

**Ana, la pareja de la protagonista de *Autofagia* aparece también en *Entre los rotos*, ¿lo planeaste así?**

Sí, originalmente esa era mi idea. Construir un universo, algo así como el que inventó George Lucas, pero de alguna manera se me salió de las manos porque Ana tomó mucha fuerza. En *Entre los rotos* hay una parte en la que se dice que la enfermedad de Ana es autoinmune, que es una forma eufemística de nombrar a un TCA porque es tu cuerpo el que se ataca a sí mismo. De modo que finalmente opté por alguien que quisiera verlo como un solo universo.

**La novela transcurre en un universo femenino, y personajes como la casera nos hacen preguntarnos, ¿las mujeres nos sanamos entre mujeres?**

Sí, planteé la novela como una novela de mujeres en la que los hombres sólo están presentes por sus actos, sus huellas. Desde tiempo atrás crecimos con la idea de cuidar, y no hemos podido despojarnos de ella, y no lo digo yo, está escrito en *Motherhood* [de la escritora canadiense Sheila Heti], donde la autora explica que la maternidad no tiene que ser sólo parir, sino que hay formas diferentes de maternidad. La maternidad es un trabajo especial y único, pero el impulso de cuidar puede encontrar salidas y yo sí creo que hay una necesidad no sólo de florecer sino de ver florecer. Muchas mujeres la tenemos. En mi libro la casera es una sublimación de aquellas personas que se encargan de cuidar a quien necesita de cuidados. Alguien que está viendo a una mujer en esas circunstancias no puede voltear hacia otro lado.

**¿Qué te gustaría que se llevaran los lectores de *Autofagia*?**

Me gustaría agitarlos como cuando tienes ansiedad, esa respiración cortita, pero al final permitirles exhalar y encontrar, no quiero decir catarsis porque no es necesario, sino algo así como un cierre de la experiencia que los deje en un lugar cálido. ■

ESGRIMA

POR TANIA RIVERA

@TatiVanDjik

## ENTREVISTA A ALAÍDE VENTURA MEDINA

“UN TRASTORNO DE CONDUCTA ALIMENTARIO ES UNA PATOLOGÍA, PERO TAMBIÉN ES UNA FORMA DE CONTROLAR ALGO, COMO EL RECUERDO.”

EL CORRIDO DEL  
ETERNO RETORNO

POR CARLOS VELÁZQUEZ

@Charlyfornicio

BAÑO DE ECLIPSE  
EN TORREÓN

Ahora sé por qué se hacen adictos los adictos a los eclipses.

El Universo ha escogido a Torreón como sede de una serie de eventos desafortunados. La matanza de los chinos, la guerra vs. el narco, etcétera. Pero este territorio golpeado históricamente se sacó la lotería este 2024 al ser elegido por el mismo Universo traidor como el mejor lugar para presenciar el eclipse. En esta región de La Laguna de Coahuila el fenómeno se prolongaría más que en cualquier otra parte de la franja. Catorce segundos más de orgasmo cósmico.

Un eclipse es un gran negocio. El precio de los boletos de avión para visitar Torreón subió hasta los catorce mil pesos. Y los hoteles se atascaron. Desde el sábado las calles rebosaron de turistas. La ciudad se convirtió en una sucursal de la Condesa. Grupos de japoneses caminaban por las aceras. Pero la cosa no acabó ahí. Había gente de todos los sabores y diseños. Torreón parecía chiste de Polo Polo. Estaban un español, un argentino, un brasileño y un gringo. Y chingo de mexicanos. Circulaban carros con placas de Chihuahua, Veracruz, San Luis Potosí, *et al.*

Gracias a esos catorce segundos de dicha extra, la NASA instaló sus cachivaches en el planetario para registrar el fenómeno. Lo que provocó la aparición de los "sombrofilos", los adictos a los eclipses. La raza es capaz de aficionarse a cualquier cosa. Pero cómo prendarse de una sensación que dura unos pocos minutos y encima tarda décadas en volver a experimentarse. Es la madre de todas las relaciones tóxicas.

**TORREÓN ERA UNA FIESTA.** Desde la mañana del lunes la ciudad se volcó en el fenómeno. Las clases se suspendieron. Las gorditas del Tío Pepe no abrieron. Y en todas partes se regalaban aguas, refrescos, Sabritas y lentes para ver el eclipse. El eclipse se podía admirar desde cualquier parte. El patio de tu casa. La azotea. Pero la experiencia se tornó un acto colectivo. Y la gente se reunió en diferentes puntos. El Territorio Santos Modelo, el planetario, el Cerro de las Noas. Eso dentro de la urbe. Otra gente optó por salir al campo. A los ejidos circunvecinos. Al Cañón de Fernández. O a la presa.

El lunes desperté crudo. Y hubiera podido atestiguar el eclipse desde la terraza de una cantina. Y mi plan era ése. Sin embargo, en determinado momento algo me impidió salir a descampado. Era demasiado tarde para agarrar carretera. Para subir al cerro por el teleférico había que hacer una fila de tres horas. Y una vez terminado todo el show la gente que optó por esta vía reportó que tardaron seis horas en bajar.

Mi mejor opción entonces era el Helipuerto. Si me daba prisa podría llegar a la cima antes de que comenzara el eclipse. Me subí al carro y me dirigí a los pies del cerro. Pero el camino estaba clausurado por los agentes de vialidad. Y la fila de carros en doble fila llegaba hasta la Jabonera. La gente no se dirigía al Helipuerto, sino al Cristo de las Noas, pero como el acceso era el mismo habían colapsado el camino. No me quedó más remedio que regresar a mi departamento. Me pegaría un baño y después volvería a salir en el carro en busca de una zona despejada de cables y espectaculares.

“QUERÍA QUE OTRA VEZ LA LUZ SE PUSIERA EN PAUSA. VOLVER AL INSTANTE EN QUE TODO SE APAGÓ. ESE MOMENTO DE ASOMBRO QUE TE ROBA EL ALIENTO. ESE BAÑO DE SOMBRA.”

**EL ENEMIGO NÚMERO UNO** de los eclipses es el cielo nublado. Desde un par de días antes, el clamor general se hallaba ensombrecido por el pesimismo. Si no se despejaba, se arruinaría la fiesta. Eso sí, la derrama económica de casi mil millones o algo así, ya estaba asegurada. Gracias, Tata, eclipse, más lana para las campañas políticas. Pero los milagros existen también en la ciencia, eh. Que los eclipses son más papistas que el papa. Y minutos antes de que se hiciera el primer contacto, la nublazón comenzó a amainar. El sí se puede, sí se puede, llegó a los oídos del eclipse y consentiría a la banda que no se cansaba de darse ánimos y echar porras.

Tengo un recuerdo vago pero firme sobre el eclipse del 91. Tenía trece años y estaba en la secundaria.



Fuente: Genaro Delgado

Michael Jordan le acababa de dar hacia un mes su primer campeonato a los Toros de Chicago. En mi cabeza almaceno la imagen de contemplarlo desde la calle. Lo que sí no preservo es una algarabía igual. El eclipse se volvió *mainstream*. No es que antes fuera *under*, pero la cantidad de parafernalia no tiene comparación. Había playeras conmemorativas, los tamales *del eclipse* (que no podían faltar), los elotes del eclipse, los condones del eclipse, todo se volvió del eclipse. Ni siquiera el viacrucis de Semana Santa causa tanto alboroto.

En lugar de meterme a la ducha, decidí darme un baño de eclipse. Dos minutos antes de que la luna se empatara con el sol salí al balcón de mi departamento desnudo por completo. La única prenda que portaba eran los lentes AAA. Todas las miradas apuntaban al cielo, aun así, estoy seguro que me vieron los vecinos de enfrente. La oscuridad se apoderó en esta parte del mundo y una sensación extraña me invadió. Me sentí raro. Pero a la vez eufórico. Alguna vez, como todos, y sobre todo la gente del desierto que tenemos que padecer las altas temperaturas, nos hemos preguntado cómo sería la vida sin sol. Y ahí estaba por fin la respuesta. Ahí estábamos por fin en el lado oscuro de la luna.

**MIENTRAS OBSERVABA** la corona en el cielo, comencé a sentir nostalgia por el eclipse. Todavía faltaban dos minutos para que terminara la fase completa y ya empezaba a sentir síndrome de abstinencia. Entendí por qué la gente se hace adicta a los eclipses. Por qué gastan fortunas para viajar por ciudades y países cazando el fenómeno. La sensación que te produce es de una intensidad inigualable. Es una droga dura. Y una vez que la dimensionas en la piel, tu mente te pedirá más. Pero a diferencia de otras sustancias, no puedes tenerla cuando quieras, sino cuando el cosmos te lo permita.

Apenas terminó el eclipse me invadió la urgencia por volver a atestiguar aquello. Quería que otra vez la luz se pusiera en pausa. Volver al instante en que todo se apagó. Ese momento de asombro que te roba el aliento. Ese baño de sombra. Ese bronceado de luna. Pienso que al verme los vecinos debieron preguntarse si no se trataba de una aparición. O una alucinación producto del eclipse. La visión de un abominable hombre de las nieves en el balcón de un edificio. Para no darles más material de literatura, entré a mi edificio a ponerme ropa.

Horas después, y al día siguiente, se produjo el éxodo. Los más de cincuenta mil visitantes comenzaron a abandonar Torreón. Chiflados que estarán como yo a la espera del siguiente eclipse para trasladarse a España, donde será el próximo. Porque algo tengo claro después de mi bronceado de sombra, ahora seguiré los pasos de los sombrofilos. Quizá me convierta en uno de ellos. Ansío desde ya repetir la experiencia. Espero estar vivo cuando llegue el momento. 📺